

San José, Esposo de María, y su figura, el Patriarca José

«Dios me ha puesto como padre del faraón y señor de toda su casa.

Así pues, no temáis, ya que para salvaros

me ha enviado Dios delante de vosotros a Egipto.

Venid a mí, y yo os daré lo mejor de la tierra de Egipto»

(Gen. 45 5-8 y 18)

El 19 de marzo celebramos la fiesta de San José, Patrono de la Iglesia universal, y Patrono también de nuestra Fraternidad desde que se consagró a él en marzo de 2013, hace justo siete años.

- **Patrono de la Iglesia**, por haber querido Dios ensalzarlo y engrandecerlo por encima de todo su reino.
- **Patrono de la Fraternidad**, por haberlo puesto Dios de intermediario entre El y nuestras almas, familias y congregaciones.
- **Patrono de todo cristiano**, por querer Dios dispensarnos a través de él sus más preciados dones, tanto del cuerpo como del alma.

Para ver esta grandeza y poderoso valimiento de San José delante de Dios, mucho nos puede ayudar establecer un paralelo, según lo hacen los santos doctores, entre el José Patriarca del Antiguo Testamento, y nuestro San José, Esposo de la Santísima Virgen.

Este paralelo no es arbitrario. Así como Dios dejó en Adán un esbozo de lo que debía ser Nuestro Señor Jesucristo, aunque no todos los rasgos de Adán se le atribuyan; y así como dejó en Eva un esbozo de lo que debía ser la Santísima Virgen, aunque tampoco le convenga a Ella todo lo que se dice de Eva; así también quiso dejar en el José del Antiguo Testamento un esbozo de la grandeza y virtud de San José (el cual debía ser un santo sumamente silencioso y oculto), a fin de que por medio de este Patriarca, cuya vida nos es más conocida, adivináramos la verdadera fisonomía del que fue Esposo de María, Padre putativo de Nuestro Señor, y Patrono de la Iglesia universal.

1º San José, modelo de toda virtud.

Lo primero que cabe señalar es el parecido en virtud entre los dos José, el del Antiguo y el del Nuevo Testamento. Cuenta la Escritura que, entre los hijos que

tuvo Jacob, le nació en penúltimo lugar José, especialmente amado de su padre por ser hijo de Raquel, la esposa a la que amaba muy encarecidamente, y por su singular virtud, que lo hacía descollar por encima de todos sus demás hermanos. Esa gran virtud de José es la que el relato del texto bíblico se encarga de manifestar y ponderar: su gran caridad hacia sus hermanos, su castidad a toda prueba, su perdón e indulgencia, su justicia, su enorme prudencia, y sobre todo su grandísimo amor a Dios y a su santa ley. Ese fue el motivo por el cual su padre le hizo una túnica multicolor, especialmente rica, con que quiso distinguirlo de sus hermanos.

Y en todo eso tenemos un primer rasgo de la personalidad de San José. También a él quiso Dios, simbolizado aquí por Jacob, adornarlo con virtudes eminentes, las mayores después de las de la Santísima Virgen, lo cual lo convirtió en hijo singularmente querido de Dios. La túnica multicolor con que se expresa esa riqueza de virtudes designa los grandes privilegios con que Dios lo favoreció: santificación en el seno materno, elección para convertirlo en Esposo de su santísima Madre, vida de intimidad sin igual con el Rey de reyes, participación oculta pero real en la obra de la redención, muerte privilegiada entre los brazos de Jesús y de su queridísima Esposa María.

2º San José, colaborador de la obra redentora.

También se aplica a San José lo que se dice de los sueños del antiguo Patriarca. Dios quiso manifestar a este Patriarca su futura grandeza a través de sueños, que él no entendía en un principio, pero que le daban a conocer la dignidad a que Dios lo destinaba.

«Oíd el sueño que he tenido: me parecía que nosotros estábamos atando gavillas en el campo, y hete aquí que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha, mientras que vuestras gavillas se inclinaban hacia la mía... He tenido otro sueño, en el cual veía cómo el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí» (Gen. 37 5-9).

Evidentemente San José debió recibir, a través de los privilegios con que Dios lo adornaba, como un presagio de su futura grandeza, y de la misión que Dios le encomendaría más adelante, aunque tal vez no alcanzara a comprenderlo totalmente durante su vida en la tierra. Al verse hecho Esposo de María, y conocer luego a través de Ella el misterio de la Encarnación, y verse en el papel de Padre putativo del Verbo encarnado, representando ante El al Padre eterno, parece cierto que la gracia le hizo comprender el vínculo estrecho que mantenía con toda la obra de salvación que Nuestro Señor Jesucristo venía a realizar en este mundo. Así parece indicarlo la Iglesia en el himno de Maitines de la fiesta de San José:

*Te Sator rerum statuit
pudicæ Virginis sponsum,
voluitque Verbi te patrem dici,
dedit et ministrum esse salutis.*

*El Creador de todos los seres te destinó
para esposo de la purísima Virgen;
quiso que fueras llamado padre del Verbo,
y te escogió como ministro de salvación.*

Y a esta colaboración con la obra redentora se le seguiría luego el encubrimiento para poder hacer con la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, todo lo que antes hizo con la Cabeza.

3º San José, baluarte del Verbo encarnado.

Es ahí donde el resto de la historia de José se aplica maravillosamente a nuestro Santo. Llevado a Egipto, y vendido a Putifar, nos dice la Sagrada Escritura que halló gracia a los ojos de su señor, y se ganó la total confianza del mismo, de manera a administrar completamente toda su hacienda y todos sus bienes. Es también en esa situación donde José se mostró como ejemplo admirable de castidad, guardando la fidelidad a su señor y negándose a cometer delito impuro con la esposa del mismo. Y es allí también donde, llevado a la cárcel por la injusta denuncia que contra él lanzó la esposa de su señor, volvió a brillar en José su grandísima virtud, su confianza en la divina Providencia, y su sublime prudencia. Veamos cómo.

José halló gracia a los ojos del carcelero mayor, que le confió el cuidado de todos los presos que estaban bajo su custodia. Había allí dos prisioneros caídos en desgracia de Faraón, su copero mayor y su panadero, los cuales, mientras esperaban que se dictara sentencia contra ellos, tuvieron un día sendos sueños, que nadie les supo interpretar. Habiéndolo sabido José, les interpretó de parte de Dios lo que significaban, y les profetizó la suerte que tendrían ambos; todo lo cual sucedió como José lo había dicho.

Más tarde, Dios envió dos sueños a Faraón, con que le anunciaba los acontecimientos que estaban por venir sobre la tierra de Egipto. Al igual que los dos antiguos prisioneros, no halló Faraón quien le interpretara sus sueños. Pero entonces el copero se acordó de José, y Faraón mandó traerlo cuanto antes a su presencia. Fue así como se manifestó la excelsa prudencia y sabiduría de José: no sólo interpretó los sueños de Faraón, anunciándole siete años de riqueza y otros siete de posterior hambruna que habían de venir sobre el país, sino que además le ofreció la solución a la angustiada situación que debía producirse en Egipto y en todos los países de los alrededores.

San Bernardo establece aquí un hermoso paralelo entre el José del Antiguo Testamento y San José.

- No quiso el primer José faltar a la fidelidad a su señor, negándose así a cometer adulterio con su ama y señora; mas a San José le cupo en suerte una misión mucho más elevada, que fue la de ser el guardián seguro de la virginidad de la Madre de su Señor, la Santísima Virgen.

- Fue José fiel administrador y dispensador de los bienes de su Señor: encargado en esta vida de velar por El, por su sustento, su seguridad, su formación, supo a cada instante encontrar la solución adecuada para que Nuestro Señor escapara a la persecución de Herodes, para que viviera en el ocultamiento necesario hasta que llegara el momento de revelarse a Israel, para que pudiera llevar su vida de religión en Nazaret con el acompañamiento y la comunidad más apropiadas para eso: María y José, que conocedores de la voluntad del cielo, se amoldaron perfectamente a Nuestro Señor.

4º San José, baluarte de la Santa Iglesia.

Ya sólo falta ver la última parte de la historia de José. «*Porque has sido fiel en lo poco, te constituiré en lo mucho*»: así debía pasar con San José. El Patriarca José, después de haber manifestado suma fidelidad a su primer señor, fue elevado por Faraón a la dignidad de virrey de todo Egipto: «*Sin tu permiso no se moverá pie ni mano en Egipto... Id a José*» (Gen. 41 44 y 55). Fue él quien hizo que todo Israel entrara en Egipto, para que no pereciera en los años de escasez; gracias a él Israel, siendo ya una familia de 72 personas, se convirtió en Egipto en un pueblo numerosísimo; gracias a él, ese pueblo gozó del favor del Faraón, y recibió de él las mejores tierras.

Esta es también, por así decir, la misión póstuma de San José. Por su fidelidad en su misión respecto del Verbo encarnado, San José mereció en cierto sentido ser encumbrado por Dios al rango de **virrey de todo lo creado**. Muy justo nos parece este título: habiendo tenido él el cuidado de Jesucristo, era normal que ejerciera respecto del Cuerpo místico de Jesucristo la misma función que ejerció cuando El vivía entre nosotros: la de protector de la Iglesia, la de sustentador de la misma en sus necesidades, la de proveedor de bienes, la de formador en la vida interior.

Conclusión.

«**Id a José**». San José fue, en su primera misión respecto del Verbo encarnado, y por voluntad expresa de Dios, un santo muy silencioso y oculto. Este silencio y ocultamiento se proyectó también sobre toda su acción en la Iglesia universal, aunque no por eso haya sido menos real y efectiva.

Pero quiso luego el cielo que la Iglesia, en los últimos tiempos, desde León XIII en adelante, prestara cada vez más atención al gran papel que a San José le corresponde cumplir en el Cuerpo místico de Cristo. Su consigna ha sido desde entonces la misma que la de Faraón: «**Id a José**». Por eso su devoción se fue difundiendo cada vez más entre el pueblo fiel, hasta el punto de hacerse casi necesaria en nuestros ajetrechos tiempos.

Por eso, adoptar esta devoción entre nosotros, en nuestras familias y comunidades, y reconocer a San José como nuestro gran abogado, como nuestro gran ejemplo, como nuestro perfecto auxiliador, es «*reconocer los signos de los tiempos*» en el buen sentido de la palabra.

Encomendémosle, pues, todas nuestras necesidades espirituales y temporales; confiémosle particularmente el momento de nuestra muerte; pidámosle todos los días un gran amor, fidelidad e imitación de Jesús y de María, para que toda nuestra vida pueda ser, a ejemplo suyo, una continua entrega e intimidad con el divino Salvador y su Santísima Madre.